



RECEPCION: DE MARINA

NACIONAL

ALOCUCION DEL COMODORO ING. CARLOS F. VARELA AL ARRIARSE LA BANDERA DEL CAÑONERO "ZARAGOZA"

Por el Comodoro Ingeniero Naval CARLOS F. VARELA, Jefe del Departamento de Marina de la Secretaría de Guerra.

HOY es día de duelo para nuestra Armada; todos sus miembros aquí reunidos, viejos y jóvenes, unos con el corazón henchido de gratitud y llenos de no pocos recuerdos, otros por el legítimo orgullo que debe sentir todo mexicano, nos hemos congregado para tributarle los honores de un último adiós a la Corbeta-Escuela "Zaragoza," que hoy desaparece del servicio, rendida tan sólo por los años que todo lo vencen. Esta modestísima nave, humilde por su tamaño, pero gloriosa por sus proezas, cuna que fué de varias generaciones de marinos, llega hoy a la meta de su carrera, al ser arriada honrosamente y para siempre de su pico la bandera nacional, cual si cerrásemos los párpados a un deudo querido, bandera, que al flamear por vez postrera, nos hace sentir los últimos latidos del corazón de hierro de esta nave que, orgullosa y gallarda, supo tremolarla por todos los mares del Globo.

Sin embargo, señores, hoy es también un día de plácemes, porque los dos más altos y distinguidos jefes de la Secretaría de Guerra y Marina nos honran con su presencia oficial, dando más realce e importancia a tan significativa ceremonia, como es la de asistir a los últimos momentos de la verdadera "Nave Mater" de nuestra Marina Nacional. Día de plácemes, porque con ello vemos con justificado regocijo y satisfacción que a esta reliquia histórica no se le ha dado de baja fríamente con

un simple oficio, sepultándola en un olvido ingrato, por vieja e inútil, sino que, por el contrario, nos reunimos para dar fe de nuestros más santos recuerdos, y testimoniarle nuestra inmensa gratitud.

Cabe, por consiguiente, a los hombres nuevos, que en sus manos tienen la reconstrucción de la Patria, el haber concedido a nuestra Marina, el justo lugar que se merece, al despedir dignamente a este buque, heraldo glorioso de nuestra nacionalidad en los mares más lejanos del Globo y que dió a conocer nuestra civilización en remotas tierras en que ignoraban la existencia de nuestro pabellón.

Toca al que habla la inmensa satisfacción de haber sido entre otros, uno de los afortunados que en calidad de guardia-marina y después de presenciar en Francia su construcción y lanzamiento, tuvo la oportunidad de recibir en su seno la práctica marinera necesaria, bajo la dirección de instructores procedentes de la Marina Real Inglesa, señores Comodoro REGINALD CARRY BRENTON y Capitán de Fragata CHARLES BERESFORD, contratados exprofeso por el Gobierno de México, como primero y segundo Comandantes de la Corbeta-Escuela "Zaragoza." Cansado sería enumerar aquí en todos sus detalles, la larga y gloriosa carrera de esta nave, que tantas veces surcó los mares y cruzó los océanos desafiando constantemente sus tormentas, altiva y firme; pudiendo citarse como culminantes, la que tu-

SECCION DE MARINA

vo que afrontar en el Golfo de Vizcaya, cuando hacía su primer viaje de Francia a Veracruz; después, la que arrojó al Sur de San Juan de Terranova, yendo a la vela de América a Europa; el terrible pampero que la puso a prueba, así como al temple de los valientes que llevaba a bordo, al navegar entre Montevideo y el Estrecho de Magallanes. Por último, los formidables tifones de los mares de la China y de la India, de los que salió victoriosa. Por todas partes resultó airosa de tan magna aventura, dejando tras sí el recuerdo de México en las naciones que visitaba; aumentando cada vez más en su Cuaderna de Bitácora, la larga lista de los lugares visitados, cuyos nombres forman hoy el más glorioso trofeo de su navegación.

Lanzada al agua en el Havre, Francia, el día 9 de abril de 1891, zarpó para Veracruz en noviembre del propio año, al mando de su Primer Comandante, el entonces Capitán de Navío don ANGEL ORTIZ MONASTERIO, llegando en enero de 1892. Poco tiempo después emprendió viaje a Europa, atravesando el Atlántico a la vela, al mando de los instructores ingleses; estando en Europa, visitó Inglaterra, Francia, Italia y España, tocándole el honor en esta última nación, con motivo del IV Centenario del descubrimiento de América, formar a la cabeza de las diversas escuadras del mundo, que el 12 de octubre de 1892 salieron del puerto de Palos, acompañando a las tres reproducciones de las Carabelas de Cristóbal Colón, saludando con salvas, como lo hicieron, todas las flotas allí reunidas, a las banderas de las naciones del Continente americano, izadas al amanecer sobre el Convento de la Rábida.

Con el mismo motivo se verificó un mes antes, una grandiosa revista naval en Génova, Italia, precisamente en el mes de septiembre y el día de la conmemoración de nuestra independencia, tuvo el honor de recibir a su bordo, a su Majestad el Rey Humberto de Italia.

Sobre su cubierta recibió también, en distintas ocasiones, la visita de S. M. la Reina Madre de España y del Rey Alfonso, cuando aún era niño, del Rey Leopoldo de Bélgica, del Rey de Siam y otras personalidades internacionales de alto relieve.

Entre sus viajes principales, se destacan el que hizo desde Tampico hasta Guaymas y San Francisco California, recorriendo toda la Amé-

rica del Sur y pasando al Océano Pacífico por el Estrecho de Magallanes. Justo es recordar aquí el valor y abnegación de nuestra marinería, que sin estar acostumbrada a los fríos glaciales que encontró a su paso por el Estrecho, se portó con estoico valor ante el peligro y la inclemencia de los tiempos que tuvo que afrontar. El viaje de circunnavegación, en el que partiendo de San Francisco California, atravesó el Océano Pacífico, recorriendo las Islas Hawai, el Japón, la China, la Cochinchina, Ceylán, la Arabia, y entrando por el Canal de Suez, cruzó el Mediterráneo, saliendo por Gibraltar y nuevamente surcando el Atlántico hasta volver a Veracruz.

Debo mencionar un incidente de carácter político internacional: Desde la muerte de Maximiliano de Hapsburgo habían quedado interrumpidas las relaciones diplomáticas entre México y Austria, y al llegar el "Zaragoza" a Honolulu se encontró fondeada en la bahía a la Fragata-Escuela Austriaca "Saida." Ambos Comandantes no sabiendo qué trato darse, consultaron a sus respectivos Gobiernos, recibiendo órdenes de que se hicieran los saludos de rigor, resultando a los pocos días, una amistad tan grande, que realmente fraternizaron ambas dotaciones. Al zarpar los dos buques-escuela, siguieron el mismo derrotero, tocando los puertos de Yokohama, Hong-Kong y Singapoore, donde finalmente se separaron, habiendo sido este suceso el primer paso para la reanudación de las relaciones entre México y Austria.

Largo sería, igualmente, enumerar los nombres de toda la brillante oficialidad educada y formada durante tantos años en esta querida nave, y en cuyos corazones dejó para siempre un alto timbre de fe y de esperanza, para lo porvenir, fe y esperanza que se vigorizan ante el convencimiento en que estamos de que ha llegado ya el momento de que bajo el noble, fuerte y patriótico impulso de nuestro actual Presidente, nuestra querida Patria resurja más grande y más hermosa.

A todos nos consta la magna labor de organización que con incansable y acertada actividad ha venido desarrollando el ciudadano Secretario de Guerra y Marina, y que se traduce en esa serie de reformas y mejoras de trascendencia, por las que está pasando nuestro Ejército Nacional, labor eminentemente patriótica y digna de todo encomio, que, sin du-

da, llegado su oportuno momento, también servirá para beneficiar a nuestra Armada Nacional.

Toca a nosotros los miembros de esa Marina, hacer sentir a nuestros altos jefes el amor a las cosas del mar, ponerlos más en contacto con él. Toca a nosotros hacerles vivir más a menudo la vida ruda y peligrosa del marino, que hace frente a la tempestad que brama furiosa cuando estalla, para que sientan la grandeza del mar, que en constante batallar se agita cual bestia brava que pugna por destruir al hombre que la doma. Toca a nosotros procurarles la inmensa sugestión, trémula de energías y de emociones varoniles que ejerce sobre nosotros el pensamiento de ese grandioso abismo, sus riquezas y sus misterios, la vida de su flora y de su fauna, la atrevida existencia de sus exploradores, la evocación de la historia de la Marina, desde su cuna antediluviana, hasta nuestros días, con sus cuadros de dolor y de grandeza, de sublimes heroísmos y de resplandiente gloria.

El dominio del mar hace al hombre más fuerte, más grande, a pesar de su comparada pequeñez, y entonces se comprende por qué para las naciones civilizadas la palabra "Marina" sintetiza la enorme suma de esfuerzos desarrollados para vencer en la constante lucha con el mar. La parte más bella y gloriosa de la historia humana es aquella que narra la historia del mar. Desde los tiempos antiquísimos hasta hoy, ésta aparece por todas partes demostrando el grado de civilización y de superioridad de un pueblo, su carácter, su empuje, su elevación en el concierto de las naciones, su impulso de expansión fecunda.

En cualquier época, desde los pueblos primitivos hasta nuestros días, una gran Marina ha sido siempre el instrumento de prosperidad y pujanza de las naciones más cultas y progresistas, más ricas y libres, y su orgullo más sublime. Al decir Marina se entiende tanto la Mercante que lleva al extranjero la riqueza de un país, a cambio del oro para su bienestar nacional, como la de Guerra que debe proteger dicho comercio y garantizar la integridad de la Patria. Los pueblos indolentes, los pueblos ignorantes no han sido ni serán nunca dignos de combatir ni de vencer en la gran lucha por la conquista del mar.

Con la denominación genérica de "Marina," se entiende un conjunto grandioso de cosas, de

ideas, de artes, de industrias, de ciencias unidas, de prosperidad industrial y comercial, de bienestar y de riqueza, y a todo esto van eternamente enlazados los nombres inmortales de sinnúmero de audaces varones que en el mar y por el mar dejaron un timbre de grandeza a sus respectivas naciones; verdaderos trabajadores del mar que amaron y veneraron su inmensidad, desafiando sus cóleras en gloriosas naves, como ésta que hoy pisamos por última vez.

En verdad, todas las actividades humanas concurren por sí solas a la formación de una Marina. La navegación es tan antigua como la especie humana. Las estirpes primitivas, habitantes de las ciudades lacustres, deben haber sabido el arte de construir una piragua mucho antes que el de construir una campana o un mazo de combate. La naturaleza fué por sí, la gran maestra del hombre; la vista de un tronco de árbol llevado por la corriente de un río o deslizándose por las aguas semitranquilas de un lago, fueron sin duda una de las mejores lecciones para el hombre prehistórico. Creado el primer esquife, el descubrimiento del remo, de la vela, y del timón, fué el resultado lógico y consiguiente del espíritu de observación.

Apenas una sociedad humana se sentía estable, numerosa y progresista, ya pensaba en llevar más lejos sus esfuerzos y tornaba la vista hacia la inmensidad del mar, llamando bárbaros a los remotos pueblos, lejanos de la costa, que ni podían recibir su brisa ni sentir sus palpitations vivificantes.

Muy probable es que las primeras marinas semiorganizadas hayan tenido su cuna en el extremo Oriente, la India, la China y el Japón, pueblos todos más adelantados en aquella época que los salvajes y bárbaros habitantes de Europa.

Hoy el Japón, después de sacudir su secular letargo, presenta ante los ojos maravillados del mundo y ante el recelo de las naciones poderosas, los barcos más grandes y fuertes de la época, gracias al adelanto, actividad y patriotismo de aquel remoto y admirable pueblo.

La grandeza de las naciones antiguas y modernas se ha debido siempre al concurso de sus flotas maríneas; egipcios, fenicios, medos, persas, griegos, espartanos, cartagineses, romanos, bizantinos, venecianos, genoveses, Vikings noruegos, españoles, portugueses, ingle-

ses, etc., han sido grandes y poderosos por ser marineros, debiéndoles la humanidad muchos descubrimientos y conquistas, llevando su fuerza civilizadora por todos los ámbitos de la tierra.

Vasco de Gama, Magallanes, Elcano, Colón, Drake, Raleigh, Cook, Vespucio y muchos otros insignes varones, nos han legado el fruto de su audacia y de su estudio. Inglaterra, en cuyos dominios hoy el Sol nunca se pone y que vivió sin tener la menor idea de empresa tan colosal, debe su actual grandeza y poderío a su Marina Mercante y de Guerra.

La lucha entre el hombre y el mar fué algo terrible, titánico. Poco a poco al sobrevenir los progresos en la construcción de las naves, desde las embarcaciones más rudimentarias hasta los grandes transatlánticos y monstruos de combate de hoy en día, todo ello unido a la indomable audacia y creciente pericia de los marineros de todas las naciones, el mar, cual monstruo feroz y salvaje quedó al fin vencido, quedando su superficie transformada en infinidad de caminos de civilización y de progreso, no sin que de tiempo en tiempo, sin embargo, en un arrebatado de bestia brava, desencadenando sus terribles elementos, aún cobre su tributo humano para aplacar momentáneamente su furor.

La Marina está presente en todas las etapas del hombre, en sus grandes conquistas, ya sean guerreras, ya sean comerciales, ya científicas, ella es y será siempre el orgullo genuino de los grandes pueblos de la tierra.

Por eso es que hoy, nosotros, ¡oh nave querida! henchidos de orgullo por tus proezas inmortales, sentimos tanto dolor al verte desaparecer. A ti que fuiste para varias generaciones un hogar, en el que sufrieron y gozaron, en el que estudiaron y meditaron en el supremo recuerdo de los seres ausentes allá ocultos tras el lejano horizonte azul. A ti, que pudiste, si el destino así lo hubiese reclamado, sea desafiando al hombre o enfrentán-

dose a los elementos de la tormenta, haber sido la tumba eterna de los bravos marineros que en tu seno cobijaste. Por eso sentimos emoción al decirte ¡adiós!, porque fuiste a la vez, cuna que nos formó, hogar que nos protegió, escuela que nos iluminó, esquiife minúsculo, aislado en la inmensidad del mar, donde nos hiciste meditar, acercándonos más a Dios, pudiéndote haber tocado en suerte servir de mortaja a nuestros cuerpos y a nuestras ilusiones.

Por eso sentimos más hondamente la arriada de tu bandera, porque ese pabellón es la Patria que hoy te acaricia por última vez. Entre ese pabellón, tus marineros y tú, existió siempre un lazo invisible e indestructible. Esa bandera era para nosotros el recuerdo constante de la Patria lejana; esas tres tiras de lienzo, esos tres bellísimos colores ondeando en apartadas regiones de la tierra, no pudieron nunca contemplarse sin hacer brotar del corazón los más nobles sentimientos que yacen en el alma humana; es que los ojos del cuerpo no pueden contemplarla sin que los ojos del espíritu nos hagan percibir esa aureola radiante que en torno suyo dejaron para siempre los grandes hechos que ella supo inspirar.

Más de una vez, ante el estruendo de las olas que a tus flancos se azotaban, y el lúgubre plañir del viento huracanado que se filtraba entre tus jarcias, tus hijos en peligro, ante tan angustioso espectáculo de muerte, volvían siempre la vista a tu bandera, supremo pensamiento de la Patria.

Aquí estamos reunidos, tus hijos y admiradores, con el noble propósito de decirte adiós para siempre, pero antes de alejarnos de ti, queremos, sobre tu mortaja, sin distinción de grados ni de cuerpos, prometerte solemnemente ser dignos de nuestra Patria, hacer a un lado para siempre rencillas y rivalidades, agruparnos fraternalmente para colaborar con nuestros altos Jefes, en bien del engrandecimiento de nuestra Armada, jurando bajo los pliegues benditos de nuestro hermoso emblema nacional, que nuestro espíritu será siempre: LEALTAD Y PATRIOTISMO.